

LIBRO TREINTA Y NUEVE.

Danton y Robespierre.—Segundas nupcias de Danton.—Danton acusa á los girondinos.—Robespierre pide su enjuiciamiento.—Vergniaud se defiende.—Contesta Danton.—Marat.—Teorías de Robespierre.—Apreciaciones.

I

Los acontecimientos se sucedían rápidamente, como una fortuna que se desmorona. La influencia de los girondinos en los departamentos, sostenida con artificio por los diarios pagados por Roland, crecía todos los días. Los peligros de la patria inclinaban al pueblo hácia los partidos extremos. Los comisionados de la Convención corrían de ciudad en ciudad, instalando ó destituyendo á capricho las autoridades locales, unas del partido de los jacobinos, otras del de la Gironda. Bourdon de l'Oise, comisionado en Orleans, donde predicaba las doctrinas de Robespierre y reemplazaba la municipalidad moderada con otra jacobina, recibió veinte bayonetazos, en la sala del ayuntamiento. Recogido y puesto en salvo por los demagogos, envió sus asesinos á Paris al tribunal revolucionario. Manuel, el antiguo procurador síndico de Paris, retirado en Montargis, su patria, fué arrebatado de su casa por el pueblo, arrastrado al pié del árbol de la libertad, despojado de sus vestidos, acerbillado de heridas, desfigurado por los golpes, inundado de sangre, y la municipalidad, que corrió allá para librarle, no halló otro asilo para él más que un calabozo.

La mayoría de la Convención, decidida por la Llanura, vagaba al antojo de Barere. Robespierre se alejaba de Danton, á quien se sospechaba cómplice en la traición de Dumouriez. Legendre trató de reconciliarlos.

Danton y Robespierre se encontraron en la mesa de Legendre. Danton, cuyo carácter tenía la franqueza de la fuerza y el odio fácil de ablandar de los hombres violentos, fué el primero que se adelantó y dió la mano á Robespierre. Este retiró la suya, y permaneció todo el tiempo de la comida violento y en una taciturna observación. Al concluir dejó escapar algunas frases de doble sentido, que sin designar directamente á Danton, manifestaban la desconfianza y el desprecio de aquellos hombres que sólo ven en las revoluciones medios sangrientos de hacer fortuna y sólo despojos en la victoria. Era una alusión demasiado clara á las sospechas de concusión que pesaban sobre la conciencia de Danton y á los recuerdos de Setiembre. Danton respondió con algunos sarcasmos sobre los hombres que tomaban su orgullo por virtud, y su cobardía por moderación. Estos dos

rivales se separaron más agriados y más antipáticos que ántes de aquel momento. Danton se inclinó de nuevo á los girondinos, y se humilló hasta implorar la amnistía de su pasado. Un diputado de su partido llamado Meilhand suplicó á sus amigos se aprovecharan de aquellas disposiciones para atraer á sí á este coloso que llevaba consigo la popularidad y la victoria.

Cierto día que Danton y Meilhand se encontraron en uno de los comités de la Convención, entablaron conversacion. Marat atravesó la sala, dirigió algunas palabras al oído de Danton y se alejó. «¡Miserable!—dijo este último á Meilhand.—¡Sangre, sangre, siempre sangre, no quiere más que sangre! Salgamos de aquí; me horrorizan semejantes hombres.» Y arrastró á Meilhand hácia el jardin de las Tullerías. Viendo Meilhand á su amigo oprimido por los remordimientos y con el ánimo dispuesto á escuchar consejos de moderación, le hizo ver que Marat deshonoraba su política, y que Robespierre, despues de haber gastado su popularidad, amenazaría hasta su vida; manifestóle la necesidad en que se veía la república de una mano poderosa que, encargándose de los negocios, pusiera á la vez un



El máximo.—Pág. 405.

freno al populacho, diese impulso á la nacion, impusiera á la Convencion y anonadase, como á viles reptiles, á Marat en su sangre y á Robespierre en su orgullo. «Tú eres ese hombre,—añadió;—pronúnciate en favor nuestro; olvidaremos lo pasado y te seguiremos; tu ambicion será la salvacion de la patria.» Danton escuchaba sin repugnancia y callaba como hombre que delibera consigo mismo. Su mirada consultaba la de Meilhand para observar si abrigaba el alma del girondino lo que sus labios expresaban. «¡Si pudiera fiarme!...—dijo en fin suspirando.—¿En nombre de quién me hablas de ese modo?» «En nombre—respondió el girondino—de los que desprecian á Marat y detestan á Robespierre tanto como tú.» «¿Y quién te ha dicho que detesto yo á Robespierre?» «¡Quién me lo ha dicho! Tu interes. Robespierre ha proferido ya contra tí palabras siniestras, y si no le ganas por la mano, él lo hará contigo.» Todavía reflexionó Danton un momento, y en seguida exclamó con el ademan de una resolucion desesperada y costosa para el alma: «No hablemos más de ello, es imposible. Tus amigos no confian en mí, y despues de haberme perdido por ellos, me entregarian á nuestros enemigos comunes. Echada está la suerte; la muerte decidirá».

Danton repugnaba á los girondinos por sus violencias, y á Robespierre por su inmoralidad. El temor que inspiraba era lo único que entónces le protegía contra el desprecio. Arrostraba con descaro su mala reputacion, haciendo ostencion del desenfreno á la sombra del patriotismo. Cercado de hombres corrompidos y serviles, tenia una corte y cortesanos. Hebert, Fabre, Merlin, Chabot, Lacroix, Westermann, Brune, Bazire y Camilo Desmoulins se sentaban á su mesa. Allí, de las conjuraciones pasaban á los placeres, dando á la revolucion el carácter de una orgía de patriotismo. Los versos, las artes, la música y el complaciente amor distraian á Danton de la tension de ánimo ocasionada por los negocios y arrebatos de la elocuencia. La indiferencia voluptuosa y el ateismo sin porvenir constituian la filosofía de aquellas reuniones. Eran los discípulos de Helvecio practicando la moral del placer sobre las ruinas de un imperio.

Danton, ademas, habia comprado y alhajado una casa de campo á orillas del Sena, en la ladera de Sevres, donde, á imitacion de Mirabeau, se retiraba frecuentemente con sus más íntimos confidentes para meditar golpes de Estado.

Desde la muerte de su mujer, sufría mucho viéndose aislado, y ya su alma, saciada de todo y cansada de aquellos deleites sensuales, pensaba en afecciones puras. Habia atraído sus miradas y fijado su eleccion una jóven de diez y seis años, de tierna hermosura, hija de una familia honrada. Llamábase Luisa Gely. Tratava de casarse con ella, y al morir su primera mujer, se la habia designado ella misma á Danton como á propósito para servir de madre á sus hijos. No tenia Danton más que treinta y tres años, pero queria ya retirarse del tumulto y crearse la felicidad en el seno de la vida conyugal. La influencia de aquel amor, el deseo de purificarse para con su amada del contacto de Robespierre y Marat, la necesidad de fijar la revolucion para asegurar su propia suerte, eran otros tantos motivos que impelian á Danton hácia los girondinos, pareciéndole que podría rehabilitarle el partido de estos hombres elocuentes y moderados. Persegúale la obstinada idea de unirse á ellos, y áun despues de haber renunciado á ella, ocurriasele sin cesar como un pesar ó un presentimiento.

II

El padre de Luisa habia sido ujier de audiencias del Parlamento, y la proteccion de Danton le habia procurado un destino lucrativo en las oficinas del ministerio de Marina, beneficio que excitaba en aquella familia un vivo reconocimiento; pero si la fama de Danton tenia algun prestigio, tampoco carecia de horror. La madre de la jóven rehusó por mucho tiempo consentir en aquel matrimonio, y dirigió á Danton reconvencciones amargas por su conducta en las jornadas de Setiembre y su voto en el proceso del rey. Danton se humilló ante aquella mujer,



Comité de insurreccion general (sesion del 6 de Marzo, 1793).—Pág. 410.

confesó sus yerros en las primeras crisis de la revolucion, los atribuyó á la fogosidad de su patriotismo y de su *juventud*, manifestó un sincero arrepentimiento por haber votado la muerte de Luis XVI, atribuyendo este voto al imperio de las circunstancias y á la conviccion que habia tenido de la imposibilidad de salvar al rey. Aseguró que los excesos demagógicos le inspiraban cada día más horror, que el establecimiento de la república en el seno de semejante concepcion le parecia una quimera, y que todos sus esfuerzos secretos tendian hácia mucho tiempo al restablecimiento de una monarquía constitucional. El acento de franqueza y de dolor que resaltaba en las manifestaciones de Danton venció á la familia Gely, y fuéle concedida la mano de la jóven.

El amor que inspiraba á Danton su prometida le hizo ser más condescendiente todavía. Consintió en dar á su union el carácter religioso que exigian las creencias y piadosas costumbres de la familia en cuyo seno iba á entrar, y en los momentos mismos en que más proscritas estaban las ceremonias del culto católico y más per-

seguidos sus ministros, Danton hizo celebrar su matrimonio en la habitacion y por el ministerio de un sacerdote no juramentado, llamado Mr. de Keravenan, que más tarde murió siendo cura de San German de los Prados. Antes de la ceremonia, Danton pasó al gabinete del sacerdote, se arrodilló á sus piés y cumplió ó fingió el acto de la confesion.

La inmensa fortuna que le suponian, y que se átribuía á las exacciones que habia hecho en Bélgica, apareció desmentida por la dote que reconoció á su nueva esposa. Sólo llevó en matrimonio una cantidad de treinta mil francos en asignados, que muy poco despues ya no representaron más que doce mil. Dió á su mujer por único regalo de boda un bolsillo que contenia cincuenta luises en oro.

III.

Este era justamente el momento en que Danton iba cobrando en su interior, con el mayor misterio, disgusto á la república, y maduraba el proyecto de restaurar por medio del ejército la monarquía constitucional en la familia de Orleans. Algunos días despues de su casamiento preguntó á su mujer si habia gastado los cincuenta luises que le dió el día de su boda. «No,—respondió la jóven;—los he conservado para dártelos en un momento de apuro.» «Pues bien, préstamelos,—dijo Danton;—los necesito para hacer de ellos un uso que sólo á tí puedo revelar.» Le confesó entónces que estaba fraguando un plan para modificar la república y arrebatar el gobierno á la anarquía; que un movimiento en Paris, coincidiendo con otro del ejército, proclamaria muy pronto la necesidad de la centralizacion del poder, llamando al duque de Orleans á ocupar el trono de la revolucion; que no faltaba á dicho plan más que el conocimiento y concurso del mismo duque de Orleans, entónces ausente de Paris; que era preciso enviar un agente discreto y seguro, y que habia escogido para esta mision á su secretario, llamado Miger, destinando para pagar su viaje los cincuenta luises.

Dió la esposa de Danton á su marido aquel dinero, y Miger partió. El duque de Orleans no quiso prestar su cooperacion ni dar su nombre á una empresa que le pareció culpable ó prematura. Danton aplazó el movimiento, pero no la idea.

Retrocedamos algunas semanas para comprender mejor cuál era la situacion de Danton en los movimientos que precedieron al 31 de Mayo.

Poco despues de la defeccion de Dumouriez, Lasource, el más receloso de los amigos de Roland, insinuó en un discurso que Laeroix y Danton eran cómplices de la traicion del general su amigo con objeto de restablecer la monarquía. «Ahí está la nube que es preciso rasgar,—dijo al concluir Lasource, dirigiendo la mano al bancó en que se sentaba Danton.—Pido que nombreis una comision para descubrir y herir al culpable. Bastante tiempo hace que el pueblo ve el trono y el Capitolio; ahora quiere ver la roca Tarpeya y el cadalso. (*Aplausos*). Pido además el arresto de Igualdad y de Sillery. Pido, por último, para probar á la nacion que jamás capitulamos con un tirano, que nos comprometamos todos á dar muerte al que intentare hacerse rey ó dictador.» La Asamblea, levantándose en masa, repitió el juramento de Lasource. Las tribunas, arrastradas por el movimiento de la Convencion, juraron la muerte del dictador, mirando á Danton. La sospecha que

se abrigaba en todas las almas pareció entónces haber estallado por la voz de Lasource, purificando el aire de la Convencion.

La actitud de Danton durante el discurso de Lasource habia revelado todo lo que pasaba en su alma: primero el asombro de un orgullo que se creía inatacable, luégo la cólera pronta á estallar contra un enemigo insolente, despues el desden de una popularidad que podia arrostrar cualquier ataque, la energía contenida de una resolucion tomada de combatir á muerte, y por último, la inmovilidad afectada de la indiferencia que se compadece de sus acusadores, y agita en su mente las armas con que va á herirlos. Nunca en tan pocos minutos el semblante de Danton habia recorrido toda la escala de la fisonomía humana. La imaginacion parecia turbada en él como sobre un abismo, y la vista arrebatada como en un torbellino de pasiones. Cuando Lasource bajó de la tribuna, Danton se levantó, y pasando delante de los bancos de la Montaña en que se sentaba, se inclinó hácia los amigos de Robespierre y les dijo á media voz, indicando con la mano á los girondinos: «¡Malvados! ¡Quieren achacarnos sus crímenes!» Comprendieron los montañeses que Danton, saliendo al fin de su larga perplejidad, se decidia por ellos é iba á anonadar á sus enemigos. Siguiéronle todas las miradas á la tribuna. Al inclinarse, se volvió con la expresion de una orgullosa deferencia hácia la Montaña, y con una voz cuya gravedad ahogaba mal su emocion dijo, indicando con su ademan que sólo se dirigia á los montañeses: «Ciudadanos, debo empezar por tributaros mi homenaje. Vosotros los que os sentais ahí, habíais juzgado mejor que yo. Mucho tiempo he creído que, sea cual fuere la impetuosidad de mi carácter, debia moderar los medios que debo á la naturaleza, para emplear en calamitosas circunstancias la templanza que los sucesos parecian exigirme. Me acusábais de debilidad; teníais razon, y lo reconozco ante Francia entera. ¡A nosotros es á quienes acusan! ¡A nosotros, consagrados á denunciar la impostura y la maldad! ¡Y son esos hombres con quienes contemporizamos los que toman hoy la insolente actitud de denunciadores!»

Su voz atronadora resonaba como el toque de rebato sobre los murmullos de los girondinos y los anticipados aplausos de la Montaña. Despues de haber justificado por medio de denegaciones y afirmaciones la conducta que habia observado en sus relaciones con Dumouriez, calló por un momento, como para juzgar del efecto de su justificacion, sondear el terreno bajo sus plantas y replegar su cólera; luégo, prosiguiendo, dijo: «Y hoy, por haber sido demasiado prudente y circunspecto, por haberse artificioamente divulgado que tenia yo un partido y aspiraba á la dictadura, por no haber querido, respondiéndome hasta ahora á mis adversarios, suscitar combates demasiado violentos y ocasionar rompimientos en esta Asamblea, me acusan de menospreciar y envilecer la Convencion. ¡Envilecer la Convencion! ¿Quién más que yo ha procurado realizar su dignidad y fortificar su autoridad? ¿No he hablado con respeto hasta de mis propios enemigos? ¿Y por qué he abandonado este sistema de silencio y moderacion? Porque la prudencia tiene un término; porque, atacado por los mismos que debian regocijarse de mi circunspeccion, es permitido corresponder del mismo modo y salir de los límites de la paciencia. ¿Queremos un rey? ¡Sólo los que tuvieron la cobardía de querer salvar al tirano por la apelacion al pueblo son los que pueden ser sospechosos de querer un rey! ¡Sólo los que han querido manifestamente castigar á Paris de su